



Paz y Bien

IV Domingo de Pascua. 2-V-2004



Textos:

Hech.: 13,14-52.

Apoc.: 7,9-17.

Jn.: 10,27-30.

“Yo los conozco y ellos me siguen” (Jn. 10,27).

Avanzando en la Pascua, se nos propone ir trabajando sus diversos aspectos. Hoy el evangelio de S. Juan nos es ocasión de celebrar la fe en aquel que da todo por nosotros, el texto de hoy es continuación de la parábola del buen Pastor.

Para valorar la simbología del buen Pastor, creo que es válido partir de la experiencia dolorosa que hoy vivimos, como pueblo, al ver que las instituciones y las personas que fueron constituidas para velar por el bien común (seguridad, salud, educación) no siempre lo cumplen y a veces, empleando una terminología bíblica, se apacientan a si mismos. No sólo se experimenta la ausencia del Estado, sino también con gran dolor, de los padres y a veces de los pastores. Son tiempos de orfandad. Estas ausencias generan una sociedad desintegrada y engendran miedos e inseguridades que terminan enfermándonos, ¿será esta una de las causas de las fobias, tan comunes en nuestros días?

La simbología de Jesús buen Pastor nos trasmite confianza, marca una relación consoladora y esperanzadora ya que Él nos conduce en el tiempo hacia la eternidad. “...el Cordero que está en medio del trono será su Pastor y los conducirá hacia los manantiales de agua viva. Y Dios secará todas las lágrimas de sus ojos” (Ap. 7,17).

Él nos conduce hacia los pastizales eternos: “Yo les doy Vida eterna”, así no nos vemos perdidos, no somos aquellos que él mismo llamaba: “ovejas sin pastor”.

Dice Jesús: “Yo los conozco”, esta cualidad peculiar del buen pastor, el trato íntimo y la comunicación deleitosa con su grey, en base a un amistoso conocimiento mutuo. S. Agustín le confiere al verbo “conocer” un significado que va mucho más allá de lo puramente intelectual. Cuando se dice que el Señor conoce a los suyos, se quiere indicar que penetra en su interioridad. Es liberador saber que Jesús nos penetra como la luz que disipa con naturalidad la oscuridad. Él nos mira no desde la distancia, sino desde la proximidad de su experiencia humana, ya que se hizo como nosotros en todo excepto en el pecado. Pero estuvo al lado de los pecadores. Y llegó a la cercanía del pecado, la tentación: “No cayó, pero vivió la experiencia del camino en el que sólo hacen falta dos pasos, o sólo uno, para caer de verdad” (Von Balthasar).

El conocimiento que Jesús tiene de sus ovejas no es genérico. Su salvación nos sale al encuentro allí donde estamos en este momento y nos toca tal cual somos.

Cuando Jesús afirmó: “Conozco a mis ovejas”, resulta equivalente a “Amo a mis ovejas”, dado el significado que la palabra conocer tiene en la sagrada Escritura (Gen. 4,1).

Esta solicitud del Pastor por los suyos, es motivo de gran consuelo. Este parece ser uno de los rasgos más propio de su que hacer pastoral. “Cuando nos ofrece al Padre

-leemos en Orígenes- se llama puerta; cuando cuida de nosotros, pastor”.

La “solicitud” del Pastor alcanza su momento culminante en la entrega de su propia vida. Entrego mi vida por mis ovejas, nos dice en la parábola, ofreciendo la mayor prueba de amor que alguien puede dar a favor de su amigo (cf. Jn. 15,13).

Bien dice S. Pedro Crisólogo: “La fuerza del amor hace al hombre fuerte (mortem farit vis amoris), porque para el amor verdadero nada es duro, nada es amargo, nada es oneroso, nada mortífero. El amor es una coraza impenetrable, repele los dardos, derriba las espadas, desafía los peligros, se burla de la muerte; si es amor, vence todo (si amor est, vincit omnia)”.

La figura del buen Pastor como modelo primero y muy especialmente a los Pastores de la Iglesia (oficium-amoris), que no debemos tener otra voz que la de Jesús para “comunicar con valentía”, sin temores mundanos, ni mutismos siempre dañosos, ni evasión a manera de avestruces.

Cuando Jesús llamó a Pedro para que le siguiera, le pidió un amor incondicional a Él y la solicitud por el rebaño (Jn. 21, 15-19).

Pero creo que la figura del Buen Pastor puede sostener y alimentar la espiritualidad de todos los que ejercen la autoridad a favor del bien común y de las personas, los padres bien pueden encontrar inspiración en Jesús para ejercer el “pastoreo” en sus familias.

En este IV domingo de Pascua, dominado por la figura de Jesús buen pastor, la Iglesia celebra la jornada de oración por las vocaciones, que cada comunidad, que cada familia -nos pide el Papa- se transforme en un cenáculo de oración por las vocaciones y por la santificación del clero.

Amén.

G. in D.